

POMPIDOU Y LA UNION SOVIETICA

NIXON pasó por Moscú y por Pekín en su largo y cómodo camino electoral; Pompidou acaba de pasar por Moscú —y por Minsk, donde ha celebrado la parte principal de sus conversaciones con Brejnev— en un momento especialmente arriesgado para su poder y el de la mayoría que le sustenta en las casi vísperas de unas elecciones legislativas, en las que la amenaza de la coalición de socialistas y comunistas es especialmente consistente. Es curiosa esta dependencia, positiva o negativa, de las relaciones con el mundo comunista para la solidez de los políticos en el interior de sus países. Hace unos años, un político necesitaba ser «firme» —se decía— con lo que llamamos el Este para tener una garantía de poder, o una prolongación de éste, en su propio país; ahora necesita ser «abierto», o aperturista, o negociador, o como se quiera decir, para conquistar esas posibilidades. El hecho de que el realizador de esta política sea a veces el mismo hombre —Willy Brandt, por ejemplo, defensor del bastión de Berlín Occidental cuando era su burgomaestre, o Nixon, guerrero frío de primera línea durante su vicepresidencia— indica la condición de labilidad de la clase política profesional. Admitiendo la existencia de esa clase política —y el mundo entero, hoy, es una prueba de que existe— y que las normas éticas o morales por las que se rigen son distintas de las que aparecen en los textos escolares, habrá que admitir también que esa condición no es enteramente negativa. O un político enteramente negativo será aquel que se ponga a las vías de la opinión general, a las corrientes de pensamiento comunes de su tiempo; un político positivo, el que las acepte o asuma, aun a costa de una contradicción consigo mismo. Ciertamente que el político enteramente positivo sería aquel que cediese su puesto a otro cuando se tratase de llevar a cabo una política enteramente contraria a la que ha predicado y practicado, pero eso no es de este mundo.

EN el caso de Nixon, parece que hay pocas dudas de que la URSS y China apoyaron su reelección y se prestaron a ser focos de su campaña electoral. Tenían motivos políticos para hacerlo. Nixon era una realidad sólida frente a un McGovern utópico. Nixon había realizado la reconciliación con China, profundizado las relaciones con la URSS, y tenía en sus manos la paz en Vietnam y un cierto «statu quo» en el Oriente árabe. Cabe preguntarse hoy si la Unión Soviética está también apoyando a Pompidou en su víspera electoral, precisamente frente a una coalición en la que figuran los comunistas. Para Pompidou, la ocasión es excelente: en el momento en que critica con violencia el respaldo que pueda dar a su peligroso adversario Mitterrand la reunión en París de la Internacional Socialista, acude él a la URSS y es recibido no solamente con el protocolo debido y con la cordialidad que corresponde a unas relaciones ya muy bien establecidas, sino con énfasis, con entusiasmo popular, recogido por fotógrafos con absoluta libertad

de movimientos —uno de los corresponsales del viaje dice que en París nunca hubieran podido actuar así— y con cámaras de televisión abiertas, que han transmitido a París este entusiasmo de los comunistas soviéticos por la figura de Pompidou. El cual se ha apresurado a decir en sus declaraciones que no se han tratado asuntos de la política interna de ninguno de los dos países. Y en los comunicados finales se deja constancia de que los dos negociadores no solamente han tratado temas inmediatos, sino algunos referentes al futuro: la Europa de Helsinki, las relaciones de la Comunidad Económica Europea con el Comecon, la próxima visita de Brejnev a París. Ciertamente un cambio rotundo de gobierno en Francia asumiría fácilmente algunos de estos acuerdos —más que acuerdos, identificaciones de puntos de vista—, sobre todo si se tiene en cuenta que no es el puesto presidencial el que está en juego en estas elecciones; pero, desde el punto de vista de la propaganda, Pompidou puede presentar una magnífica baza.

EN líneas generales, la Unión Soviética está desde hace muchos años practicando una política de apoyo a los gobiernos constituidos cuando esos gobiernos no le son deliberada y francamente hostiles. El general De Gaulle fue el precursor de la apertura hacia el Este —por la que hoy hacen carreras prácticamente todos los países rezagados—, de la reducción de tropas extranjeras en Europa —desprendió a Francia de la OTAN— y de un cierto desbloqueo de las ideologías en el continente; se opuso a la intervención de Estados Unidos en Vietnam, mantuvo una posición contraria a Israel y favorable a los países árabes en el conflicto mediterráneo. Pompidou se presenta en la generalidad de estos aspectos como un continuador y heredero del general, y sostiene el nombre de «degolismo» para su ideología práctica. No se ve claramente la razón por la cual a la Unión Soviética le interesaría perder esta amistad. Sobre todo cuando puede temer que la instalación de unos cuantos ministros comunistas en el gobierno socialista de Mitterrand —si este ganase las elecciones— no le vaya a ser más favorable. La URSS está negociando directamente con los grandes representantes del capitalismo: con los Krupp alemanes, con la Fiat italiana, y, ahora, acaba de firmar un acuerdo con la General Electric, de los Estados Unidos: se habla de «cientos de millones de dólares», y es más importante que el que ha firmado un poco antes Occidental Petroleum Co., de Los Angeles. Estos acuerdos entre el Gobierno soviético —el Comité de Estado para la Ciencia y la Tecnología— con los altos cargos de las empresas principales del mundo occidental explican algunas de las razones que los políticos de estos países tienen para apresurar sus «aperturas al Este», y las que puede tener la Unión Soviética en mantener en cierta forma de «statu quo» actual. Y por qué los partidos comunistas europeos buscan desde hace años sus propias «vías», y por qué se forman los grupúsculos o comunismos disidentes.

Uno de los momentos de las conversaciones celebradas, en Minsk, entre Pompidou y Brejnev.





Leonidas Brejnev estrecha la mano de Pompidou en el aeropuerto de Minsk.

PODRIA considerarse también que la URSS, que consideró utópico desde el primer momento el avance electoral de McGovern —aunque le fuera útil—, y acertó, quizá considere hoy utópico el progreso electoral —en los niveles de encuestas de opinión pública— de la unión de la izquierda en Francia. El fuerte conservadurismo soviético no ve con claridad cambios demasiado radicales en el mundo, sin un cambio general que termine de romper el bloqueo contra la URSS —que comenzó con la misma revolución, en 1917— y una tendencia a una democratización mayor, a una democracia más auténtica en Occidente, probablemente con la aceptación de que esta nueva sociedad más permisiva y más abierta podría alcanzar a la URSS y los países comunistas, borrando las trazas de «comunismo de guerra» y del «stalinismo» que causara ese mismo bloqueo y que Krushev trató de eliminar demasiado pronto —a juicio de los grupos conservadores que mantienen el poder hoy en la URSS—. Muchos de los observadores franceses y extranjeros que han ido a Moscú acompañando al Presidente Pompidou han creído encontrar en los analistas soviéticos de política internacional la idea de que la coalición de la izquierda francesa no va a ganar las elecciones, o por lo menos no va a conseguir la mayoría suficiente como para poder gobernar; sin embargo, conquistaría una nueva amplitud parlamentaria que le permitiría ejercer una presión importante sobre la mayoría. Esta se vería obligada a aliarse con el centro y a adoptar una política interior más moderada, más democratizante, inscrita obligatoriamente en la línea abierta de otros países europeos. Todo ello se reflejaría en las instituciones europeas, sin duda en el Parlamento de Estrasburgo, que podría llegar a la meta ideal de un mayor poder sobre el continente y de unos diputados elegidos directamente por los países interesados mediante sufragio universal, y no por designación de los grupos parlamentarios nacionales, como está sucediendo ahora. En esas condiciones, el entendimiento entre el Mercado Común —que no habría dejado de ser capitalista, aunque estuviese matizado por las presiones sociales, por las representaciones nutridas de las clases populares e intelectuales— y el Comecon. Posición inversa a la de China, que en estos momentos favorece la estructura actual del Mercado Común porque lo considera como una muralla antisoviética, y en el caso concreto que nos ocupa ahora, a Pompidou y la estructura actual de Francia.

TODO esto resalta la importancia de las elecciones francesas del mes de marzo. Dentro de las grandes fechas europeas inmediatas —las reuniones para la reducción de fuerzas extranjeras, que deben comenzar este mes en Ginebra; la conferencia de seguridad y cooperación en Helsinki...—, la de las elecciones francesas y sus consecuencias posteriores. A pesar de lo que parece ser el cálculo soviético, la opinión general en Francia es la de que si esas elecciones se celebrasen hoy, la victoria de la izquierda estaría asegurada con gran abundancia, y que las variaciones posibles sobre este cálculo actual dependerán exclusivamente de los acontecimientos nacionales y mundiales que se produzcan en los dos meses que faltan para su celebración. Más oscuro aparece el porvenir tras esa supuesta victoria: la reacción de Pompidou, la posibilidad de anulación de las elecciones y convocatoria de otras en un plazo breve, la aplicación del artículo 16 sobre poderes especiales del Presidente y hasta la intervención de otras fuerzas para hacer imposible un gobierno de la izquierda.

LA GUERRA DE SIRIA

Siria es el único país que no aceptó nunca las mediaciones de paz con Israel: la guerra prosigue, esporádicamente, en el frente de Golan. El lunes 8 de enero hubo una batalla aérea: los "Mig" sirios salieron a combatir los "Phantom" israelíes que habían entrado en su territorio. El balance de esta batalla es desconocido: varía según proceda de Israel o de Siria. Pero se saben las pérdidas humanas: los aviones israelíes destruyeron un pueblo y causaron 150 muertos civiles. El objeto de los ataques israelíes es, según declaraciones de un portavoz militar, "romper la voluntad de combate de los sirios. Como se ha roto —siguió diciendo el portavoz— la de Egipto, Jordania y Líbano". Dayan, hablando en la televisión, ha anunciado una escalada y una serie de acciones de mayor envergadura de las emprendidas hasta ahora. La respuesta siria es la de que el país está dispuesto a convertirse en "otro Vietnam" antes que ceder, y el diario de Beirut, "An Nahar", que publica una serie de opiniones sirias —todas ellas combativas— atribuye a los medios sirios la opinión de que, después de cinco años de no aceptar las resoluciones de la ONU, aceptarlas ahora equivaldría a una rendición.

La resistencia siria pretende ahora provocar un eco en las masas árabes, especialmente en Egipto, donde hay ya un malestar considerable entre ciertos medios militares y, sobre todo en los estudiantes (véase TRIUNFO, número 537), por la cómoda instalación de Egipto en la paz. Egipto está recibiendo su beneficio por la falta de beligerancia en forma de turismo: sus hoteles están llenos y por primera vez ha superado las cifras de turistas anteriores a la guerra con Israel. Se conoce la importancia de la dirección judía en las agencias de viajes, especialmente en las de Estados Unidos, y es fácil ver cómo el turismo se conduce hacia los países árabes menos comprometidos (Marruecos es ahora otro de sus favoritos). El

Presidente Sadat continúa pronunciando discursos bélicos y anunciando el día de la venganza, pero sus posiciones reales son cada vez más moderadas. Durante la incursión de Israel sobre Siria del 8 de enero no dio permiso para que una escuadrilla de "Mig" egipcios estacionada en Siria tomase parte en los combates. La reacción de la prensa siria ha sido furiosa: "La Historia renegará de los desertores de hoy", se ha escrito, mientras en El Cairo se decía que Sadat estuvo "en estrecho contacto" con Siria.

La "voluntad de combate" de los sirios no parece haber decrecido por los ataques israelíes. El material soviético no falta por ahora. Las últimas cifras conocidas de aviones "Mig 21" eran de un centenar; se supone que la URSS ha cubierto ya las bajas de los aparatos perdidos, y quizá las ha superado, como también las estaciones de radar que, desde tierra, les ayudan a combatir a los aviones de Israel. Se dice que la moral civil es alta y que el joven Presidente Hafez Assad —cuarenta y cuatro años, general de Aviación— tiene tras él la unanimidad del Ejército. Está, sin embargo, aislado de otros países árabes. De Egipto, como queda dicho; de Libia, donde el Gaddafi va descubriendo poco a poco el juego de retirada que se oculta bajo sus palabras belicistas; de Jordania, naturalmente. Con Irak tiene grandes dificultades en razón de cuestiones económicas —el paso del petróleo—; en el Líbano hay una corriente de simpatía hacia Siria, pero escasas posibilidades de ayuda de alguna especie, y militar menos que de ninguna otra. Pero no parece que Siria esté buscando concretamente la solidaridad de los Gobiernos árabes, sino la identificación de los pueblos árabes con ella y con su persistente guerra de desgaste. El peligro mayor con el que se enfrenta es el de que la URSS le retire sus envíos de armas —según la CIA hay un puente aéreo permanente entre Odesa y Damasco—, lo cual depende de bazas políticas mayores.